



JUAN SEOANE

HOMBRES Y REJAS

Editorial Galaxia



REJAS Y GRANITO y
entre ellos el hombre. Fue
el escenario de la obra de
Juan Seoane, quien apare-
ce en la fotografía toma-
da cuando el autor escri-
bía los últimos capítulos
de éste libro. El pantalón
corresponde al uniforme
del presidente.

DE "HOMBRES Y REJAS"

JUAN SEOANE

XXXV

Los días de presidio se abren a veces perezosos como tenues bostezos. Cambia el tiempo y amanece nublado. La bruma nos envuelve el corazón y la garúa no refresca. Entumece. Hay horas en las que se rechaza la lectura, en las que se habla de mala gana. Hace dos meses que sentimos una asfixia de limbo. No es todavía la desesperación de infierno, aquella que hace revolverse de furia contra las rejas, contra los muros pétreos, contra los carceleros de alma fría, de cuerpos hueros de emoción. Es un estúpido bostezo de hastío. El dolor se ha calmado.

La rabia aún no nos ahoga. Es un paréntesis de laxitud, de caminar sobre algodones que se hunden, de ver de lejos, un cielo gris y no sentir el sol. De no saber que estamos desesperados y de creer que esperamos, sin comprender que cosa.

Nuestras vidas estiran su cansancio en el largo desperezamiento de su sensibilidad. No tenemos contacto con nadie. Vivimos solos en un tercer piso. Abajo, alrededor, los presos pasan

como fantasmas grises expulsados del mundo. Están vestidos de rayados. Son macilentos. Y son buenos como todas las víctimas. Los fariseos les empujaron a los hombros la cruz del tiempo y aquí la llevan en los años. Todos los corredores, todos los pasadizos, todas las vueltas son a una misma calle. Es la Amargura, es el camino eterno hacia el Calvario.

No hay nadie más en el Departamento. Es un estuche oblongo, enrojecido de ladrillos, que se alarga desde la jaula, oscura como un nido de buhos, de la que mira el vigilante, hasta la pampa soleada a veces, gris siempre. Rejas en uno y otro extremo. Y en los tres pisos, celdas como bocas con los dientes cariaídos que se abren en los flancos de las paredes escarlatas. Y sobre el umbral blanco la placa negra con el número. Es el certificado de la muerte civil. Como un reptil plegado a la pared, se arrastra el cuerpo alquitranoso de la palanca encajando colmillos negros en las rejas. Sobre las chapas cuadradas, grandes, rutilantes y doradas las bocas. Delante el pasadizo, que corre estrecho en el perímetro, y el pasamano de una baranda en esqueleto. Retumba al pisar sobre aquel. Devuelve el paso la oquedad. Como la vida en el estuche hueco en que se han convertido nuestros cuerpos.

Melgar empieza a resfriarse frecuentemente. Una mañana no se levanta. Abro su reja y entro a verlo. La celda, angosta y corta como un nicho, de techo abovedado, está sombría. Ha tenido que tapar la aspillera. Lo encuentro encogido bajo las frazadas, en la tarima, que le queda chica. Pies o cabeza sobresalen y el colchón se le hunde entre los flejes rotos. Duerme como en una hondonada.

Se siente la humedad. El suelo es de cemento. Las paredes de ladrillo encalado, chamuscadas y humosas. Avanzo hasta la

cabecera. Entre ésta y la pared está encajada una mesita. En su doble tablero ha apilado los libros. Hay mucho orden.

Melgar duerme. Veo su cara larga y pálida sombreada por la barba creciente que destaca el mentón. Representa más de sus dieciocho años. La boca exangüe, la nariz fina y recta, la ceja castaña y abundosa, la mata riza y poblada de cabellos. Le toco el hombro.

— José, despierta.

Se vuelve, dando un gran bostezo, mientras estira sus brazos largos y huesudos. Yergue el cuerpo delgado y restregándose los ojos con los nudos gruesos de sus dedos, me dice:

— Te has levantado muy temprano.

— Ya van a ser las seis y media.

Mira entonces con sus ojos como abalorios cabritilla. Chispean las pupilas vivaces entre los párpados hinchados por el sueño. Los abre cuanto puede para despabilarse.

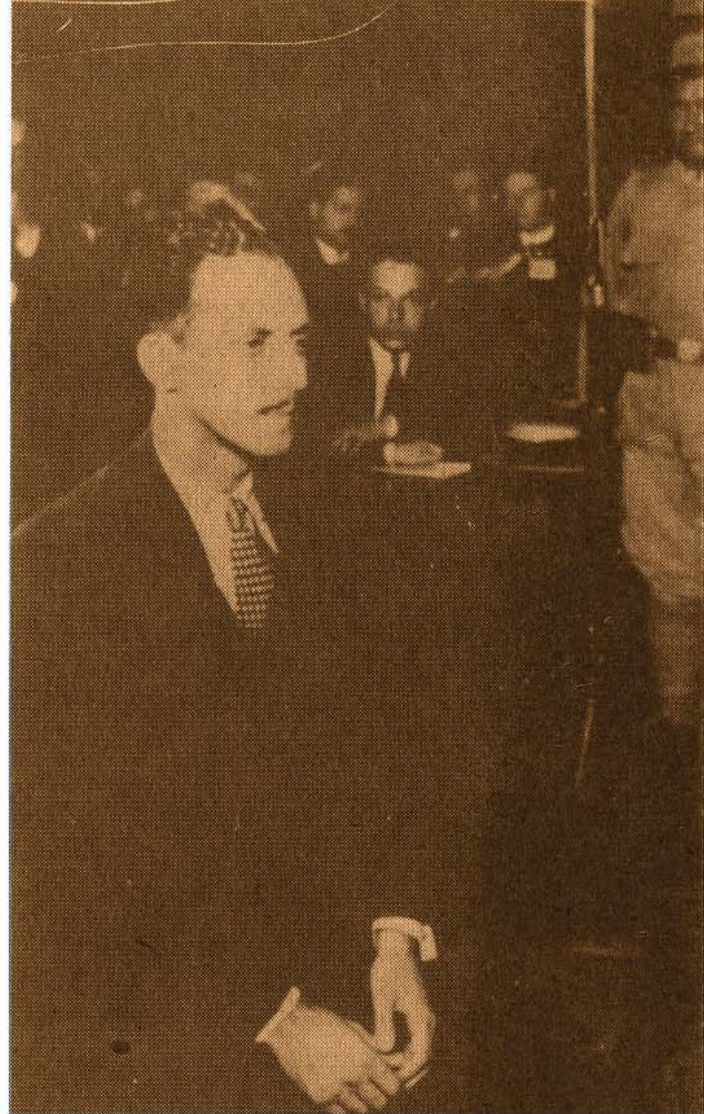
Se ríe, con una risa grande que le descubre las encías. Trepan las comisuras, una más que otra, como en la mueca de un payaso ... Su risa es la alegría de vivir.

Todo en la celda es orden. Arriba de la mesa, en la pared, destaca una repisa en la que pintan su color sobre el vidrio las etiquetas de frascos de remedio. Doy media vuelta. A los pies de la cama, el rincón penumbroso y una percha de la que cuelgan, flácidas, las ropas. Allí, plegada esta también su perezosa.

— Préstamela, -le digo, cogiéndola.

— Acomódala aquí, no te vayas, que ya no voy a dormir más.

La celda queda llena. No se podría dar un paso. Me tiendo en el asiento. Melgar se recuesta en la almohada. Intento prender un “Inca”. Melgar me detiene la mano.



DEL MAR, MELGAR Y
SEOANE (los dos últimos
condenados a muerte), en
los días del proceso por
el atentado de Miraflores.
Los vendajes acusan las he-
ridas de Melgar. Serafín
del Mar escribió también
en el presidio. La defensa
de Seoane fue un ejemplo
de dignidad.

— Vas a llenarme la celda de humo. Si quieres fumar, hazlo afuera, y aprovecha de una vez para vestirme. Hace frío.

— Me quedo. Te acompañaré un rato.

Pero un silbido me saca de la celda. “Grandazo”, vivaz, me hace una seña. Lo espero. El ruido sordo de sus pisadas se oye en las escaleras. Aparece en el segundo corredor con un palo en una mano. Con la otra se alisa el pelo recién mojado. Hace como que quiere atraer una de las luces centrales. Me dice, runruneando;

— Vengo con el disparo de la luz pa’ darle una noticia...: dicen que han apresado a Haya.

Craff está junto a mí.

“Grandazo” desenrosca la bomba.

— Con las mismas me abajo, antes de que me digan nada.

La noticia nos sacude con vibración de dramatismo, y el palpito nos dice que ella es cierta.

Los reclusos vuelven recién en filas del aseo y no tenemos posibilidad de averiguarles. Sin duda es dato traído por algún guardia.

Craff me dice:

— Es muy temprano todavía para conseguir diario.

— ¿Qué hora tienes?

— Las 6 y 30.

La mañana está nublada como para una mala noticia. Entramos a despertar a Bernardo como si con otro despierto tuviéramos más posibilidad de saber.

— ¡Levántate, Negro! ¡Dicen que han apresado a Haya!

García pega un salto y se sienta en la cama.

— ¿Quién les ha dicho? -nos interroga al mismo tiempo con sus ojos violentamente ansiosos de saber.

— Lo hemos oído comentar abajo.

Pepe y Olcese salen de sus celdas. Pepe nos dice:

— Uds. tienen la obsesión de la tragedia. ¡No ha pasado nada...!

Coronel, con una gripe terrible, rebozado en su bufanda café, nos hace señas desde el fondo del corredor. El mozo es muy amigo nuestro. Su juventud, iniciada en Vitarte, lugar en que fue más intensa, y en que más sangre corrió en la lucha por la jornada de ocho horas, no la olvida.

— ¡Dicen que ha caído el hombre! —nos grita—. Pero no tengo periódico todavía.

“Grandazo” y Guirlo, que están en el otro departamento, se vienen hasta el nuestro.

— ¿Ya saben ya...? No dejan dentrar periódicos, así que’s cierto...

Tenemos duda y sobresalto. A ratos nos parece imposible. Vemos que sube el Caporal con cara seria. Avanzamos de distintos sitios a darle encuentro.

— ¿Saben ya...?

— No... ¿Qué pasa?

— ¡Que Haya está preso desde anoche?

Sentimos un escalofrío.

— ¿Dónde lo tienen? ¿Lo traen aquí?

— Creo eso, pero dice el periódico que ahora está en la Prefectura.

Chorote, desde el sótano, llama a García:

— ¿Será cierto, García, qu’agarraron al hombre?

— Así parece, amigo...

— ¡La del ocho... que estamos fatales!

El día es largo, el día es gris. Las horas son molestas. No hacemos nada. La inquietud nos arrastra a una

completa indisciplina y no abrimos un libro.

El Director que diariamente al hacer su ronda nocturna se acerca a nuestras celdas, adelanta ahora su visita.

— Se rumorea, Sr. Valdez, que han apresado a Haya.

— “El Comercio” trae el dato... ¿Y cómo lo han sabido Uds.?

— Lo hemos oído comentar abajo. ¿Traerán a Haya aquí?

— No sé. No sé sino lo que dice “El Comercio”.— Se sonríe benévolo y añade: —Uds. los apristas son con su Jefe como nosotros los demócratas lo fuimos con el Califa ...

Coge un libro que Bernardo tiene en las manos.

— ¿Qué libro lee Ud...?

— “Horas de Lucha”.

El Director intensifica la sonrisa de sus ojos verdes, mira a Bernardo y nos dice, cortés:

— Los veo buenos y me voy. Hasta luego...

A poco oímos un intenso martilleo que viene del Observatorio. Voces gruesas dando órdenes. Se arrastran muebles. Guirlo se acerca por abajo, haciéndose el que busca un cacharro. Se esconde en el quicio de una reja.

— Lo traen acá. No cabe duda —nos dice—. Están tapiando la ventana de un cuarto en el Observatorio.

— Pero si lo van a alojar allí, no tienen por qué tapiar nada.

— Ah —nos contesta el Guirlo haciendo bocina con las manos; el hombre va a ahogarse en ese cuarto. Tapiando la ventana, allí no entra ni luz ni aire.

El guardia que hace servicio junto al sótano, ha oído al Guirlo. Se le acerca anunciándose con su vientre de hidrópico. Lleva terciado en bandolera un correa de cuero del que pende su maletín de cuero. Es un sujeto bueno, estricto. Los presos lo quieren, lo respetan.

— Retírate, Guirlo. Sabes que está prohibido hablar con los políticos.

— Perfectamente, tío —responde el Guirlo curvándose en una venia burlona. Deja su refugio, se quita ceremoniosamente una gorra perlada de plumilla de pájaro niño, y se aleja, arrastrando los pies con abandono.

Isaac, interrogante, me alcanza un papelito.

— De Delmar — me dice—. ¿Contestas?

El Cholo me escribe consternado. Hoy no han permitido que nos veamos. Isaac espera.

— No hay contestación, compañero Isaac.

Cuando éste está ya lejos, se acerca Suárez, el guardia que nos cuida, y nos dice acucioso:

— ¡Cúidense de este cholo porque es soplón del Caporal y el Caporal es el peor enemigo de Uds!

— Muchas gracias, amigo. Lo habíamos notado ya.

Se va acabando el día. Aburridos, desde las barandillas, vemos comer a los reclusos. El Caporal, imperturbable, dando órdenes con su vara, pasea a lo largo del corredor. Los policías van de recluso en recluso con una lata de kerosene, de la que sirven el té. Se oye el rumor de ranchas voces, vemos moverse muchas manos y los gorros, redondos y rayados, que se inclinan sobre las cacerolas.

El Caporal sube donde nosotros. Los empleados lo respetan y le temen. También lo odian. Lo sienten superior. En este infierno en que siempre hay que fingir, el Caporal engaña a todos respecto a su relación con nosotros.

Me han hecho preparar un cuarto en el Observatorio. En el que estuviste tú —le dice a Pepe—, que supongo sea para Haya. Seguramente esta noche lo traen, pero va a ahogarse allí dentro.

— ¿Es cierto que han tapiado la ventana?

— Es cierto, y no hay aire, ni hay luz... Es algo criminal... ¡Queda encima de los orinales!

— Y tú, Caporal, ¿lo verás?

— Yo no sé lo que dispongan... Bueno, me voy, no es conveniente que me vean mucho por aquí.

XXXVI

Hoy también nos encierran como todas las noches. Llevamos a las celdas como un ahogo, la inquietud. Allí, solos, no podemos hacer otra cosa que pensar y pensar. Inútilmente pretendemos leer, escribir, trabajar algo, porque la preocupación tira del pensamiento y nos obsede cuál será la suerte de Haya.

Jandro ha trepado hasta mi reja.

— Aprovecho —me dice, agitado y mirando hacia abajo a cada instante-, de que como trabajo, se me encierra tarde, y me he pegao esta escapada... ¿Le gusta coca? Le he traído —y saca del bolsillo de la polaca su paquete.

— Nunca la he usado. La coca es un veneno . . .

— ¡Será el abuso, señor! Pruebe no más, que aquí le dejo...! Hay movimiento abajo! —dice de pronto-. Felizmente estoy en zapatillas. ¡Chao!

Y el mozo se desliza a la carrera. En mi mano ha quedado envuelto en papel de periódico un buen puñado de hojas verdeopaco, duras, fuertemente venosas y algo secas, y un paquetito aparte, con salado. Huele como a pellejo de carnero, como a un perro lanudo.

Cierro la llave de mi luz. Me tiendo en el catre muy temprano.

No tengo el pensamiento quieto. Espero algo. Sin duda el ruido que nos anuncie la llegada de Haya. Sigo la ruta de su vida como un ejemplo de perseverancia y sacrificio. El Hombre va por ella con la certeza de su predestinación, sin mirar a los lados.

Veo que como un plasma toda la fuerza dolorosa del pueblo ha generado a Haya. Es un producto histórico que desde su ciega rebeldía primitiva, se hace consciente de su predestinación, y entrando en sus impulsos, los desbroza hasta hallar su raíz. Abajo de las masas se entretajan la miseria y el hambre. Necesidades que hacen surgir sentimientos; sentimientos que palpitan en el inconsciente de las clases rebeldes. Fuerzas monstruosas que vitalizan a la Revolución y que esperan a un Hombre, que analizando los ímpetus que ellas generan, y al mismo tiempo como producto intelectual depurado, las extraiga, las transforme en idea, y las acuñe en la verdad de una doctrina. Y Haya de la Torre aparece entonces sobre aquel trepidar del surco humano. Brota con un surgir magnífico desde el campo de las plantas agrestes. Revienta de la entraña palpitante del pueblo. Da la voz de los tiempos. Y conociendo de dónde viene, sabe, también, adonde va...

XXXVII

A la mañana siguiente sube Mitay con el pretexto de alcanzarnos el pan.

— Si quieren —nos dice ásperamente—, yo le puedo dejar a

su jefe cualquier papel... Le tengo que llevar la comida... ¡Salvo que tengan desconfianza! ¡Entonces pueden quedarse con su papel!

— ¿Ya está aquí? ¿A qué hora lo trajeron?

— ¿Yo acaso me levanto de noche para saber a qué hora lo trajeron...?

Nos habla un indio duro, de mirada taimada, que se ha hecho amigo de nosotros. Indio que supo odiar, sin diluirse en lamentos mezquinos, y guardó un rencor profundo. Como un puñal de hielo, este odio le cortaba el pecho... ¡Le habían robado y le habían beñado, y él nunca devolvería el mal y nadie le haría justicia...!

Un día bordeaba allá en sus sierras las alturas de un cerro. Un emponchado avanzaba en sentido contrario. Cabalgaba un tordillo. Por la bestia, el indio caminante supo quién era el jinete... ¡Maldito encuentro...!

Rehuyéndole, se acurrucó entre las rocas albarizas del cerro. No querían encontrarse sus ojos con los del gamonal... Pero la bestia pajarera se espanta de repente al ver al indio agazapado. Espolea el gamonal y sus ojos rozan la mancha gris del indio. Se le ponen como dos coágulos, enrojecidos por la rabia. Entonces, el látigo golpea las manos que defienden el rostro, golpea mucho...

El indio, al borde del precipicio, estaba inmóvil. Como un pedrón. Sólo su poncho ondeaba lentamente... Pero sus ojos seguían una tolvanera que allá, lejos, rodaba hasta el abismo acompañando un cuerpo...

...Muchas horas después, cuando lo apresaron, la honda estaba aún entre las manos de aquel indio abstraído...

— De una sola pedrada... ¡No sé cómo!...

Y este indio sabe querer con masculinidad, sin diluirse en palabras o en risas. En los días peores, su gesto torvo se asomaba a las rejas y nos hablaba con voz de orden.

— Le he preparado este café con leche... ¡a ver su taza!

— ¡Mitay, acabo de comer...!

— ¡Vamos, tome Ud. de una vez ... si no, no me muevo de aquí!

Y había que alcanzarle la taza y que tomarse el café con leche hasta la última gota... Si no, Mitay no se movía aunque lo apurara el guardia.

Ahora nuevamente delante de nosotros nos dice:

— Bueno, de una vez... ¿Me dan o no? ¡Escriban rápido, porque tengo que hacer!

Ni Melgar, ni García, ni Olcese conocen personalmente a Haya. Craff me dice:

— Ponle tú unas palabras.

Lo hago así. A la mañana siguiente de su entrada a presidio, recibe Haya nuestros votos de reafirmación.

Su incomunicación es absoluta. Mitay entra a hacerle el servicio acompañado del oficial de guardia, del Inspector de turno y del vigilante a quien le toque en rotación. Va también el llavero y sin embargo Mitay, oculto tras su rostro impassible, es diestro para hacerle caer en el plato o en el suelo cualquier papel que vaya de nosotros. El Caporal distribuye el servicio. Pone a los hombres de más confianza. A aquellos que puedan dar la vida, pero no hacer traición.

La celda de Haya pasa las horas cerrada a piedra y lodo. Tapiada la ventana, bajo llave las puertas de madera y fuera de éstas, las rejas con cadenas. Le es necesario usar permanentemente luz eléctrica. La atmósfera se vicia con las

emanaciones del cuerpo y a él no se le saca para nada, ni aun para lavarse.

Dicen que hay mal olor, porque a través de las rendijas se filtran hasta él el acre penetrante del amoníaco y de las deyecciones que suben de las letrinas de los empleados, siempre inmundas, y que quedan bajo su cuarto de secuestro.

XXXVIII

Sentimos que con la prisión de Haya ha culminado una etapa de nuestra lucha, para entrar a otra de más violencia aún. Millares de ciudadanos han sido puestos fuera de la legalidad. La tiranía ya no respeta nada. Diariamente, cuando oscurece, llega a la soledad de nuestras celdas el estampido seco de las detonaciones. Aquí, sobre el silencio, se oye y se siente lo que afuera se pierde entre el ruido tumultuario de la urbe. Cada tarde, manifestantes que gritan su opinión, son baleados. Aquí, allá, en los barrios solitarios, la Guardia Republicana recoge, entre un silencio pavoroso, el cuerpo de algún muerto. Lo llevan a un camión. Del camión va a la zanja. Son los asesinados anónimos. Por las rendijas de las puertas, de atrás de las ventanas, las mujeres, la voz atada en un nudo de espanto, espían en los charcos sangrientos cómo se alarga entre estertores algún cuerpo andrajoso. Voces de claxon y palabras procaces son el requiescat lúgubre, y luego, el muerto rebotando en el fondo de un camión que se pierde en las sombras de la hora...

Esas noches, en vano esperan, al desamparo del tugurio, la

vuelta del marido o del hijo o del padre. Hay un jergón vacío. Y en la covacha, saturada de olor a kerosene, una mujer en vela. Cuando amanece, sobre la piel amarilla, rompen su horror los dos boquetes de humo en que se agrandan los ojos desvelados. Entre harapos, sobre un rincón, se tuercen como gusanillos los cuerpos sucios de los hijos. Despiertan. Mira la madre lo que queda, porque sabe que el hombre ya no regresará.

En otras partes la Brigada Política asalta los hogares. Tras la prisión del ciudadano, saquea su miseria con el pretexto de pesquisa. Diaria presa extraordinaria del soplón.

Las prisiones están abarrotadas. El fuerte colonial del Real Felipe, junto al mar, transforma sus casamatas en ergástulos. Prisiones subterráneas, viejos pozos llenos de filtraciones en que se hunde a los hombres. Calabozos lejanos, densos de oscuridad y de sombra. Están bajo la tierra. En sus paredes de roca viva revienta el estallido de las olas y rasca el mar sus retiradas. Y el preso, encadenado a las tinieblas, siente el ruido monótono del golpeteo y la resaca, que le desuellan el cerebro, que le arañan los nervios. Incesante, isócrono sobre su vida muerta, es una burla que exaspera, que crispa su desesperación, que llama a la locura.

Deportaciones, confinamientos, guerra de hambre al aprista, enconada e intensa... Presión, presión sobre las gentes cargadas de miseria. Por eso se presiente el estallido en que el vientre social ha de volcarse ahora.

XXXIX

Y el estallido llegó ya. Desde abajo nos hace señas un empleado. Vemos que cabrillean sus pupilas bajo la hinchazón de sus ojos enrojecidos por la falta de sueño. Se lo contaron en la madrugada a la hora de entrar al servicio. Le brilla inquieta la expresión en el rostro picado de viruelas. Nos dice con el movimiento de los labios.

— ¡Noticia!

— ¡Qué!

Hace bocina con las manos. Rumorea más que habla, y no podemos entenderle. Tiene prisa porque le oigamos. No es su servicio en este departamento y se impacienta. Los meritorios, recién colocados, sanchezcerristas todos, acechan la filiación de los demás o su comportamiento con nosotros para hacer alguna delación tras la que puedan quitarles el puesto. Nuestro amigo se empieza a fastidiar. Menea la cabeza. Se quita la gorra galoneada. Limpia con un pañuelo su frente sudorosa a la que se pega el cabello, runrunea algo, levantando los hombros, y se aleja haciendo un ademán de mal humor. Nos quedamos ansiosos. Craff, entonces, deja caer su jabón y su paño al primer piso. Vuela la mancha blanca en un planeo hasta aplastarse sobre el mosaico rojo.

— Señor Fulano -grita Craff, inclinándose sobre la baranda—; hágame el favor. No podemos bajar y se me han caído el paño y el jabón.

El guardia los recoge. Hay otro de servicio arriba, con nosotros,



pero se halla sentado en el extremo opuesto a la escalera. Craff avanza hasta ésta, por la que sube el empleado con las cosas en la mano. Hablan dos palabras. Craff regresa y se mete en su celda. Nuestra impaciencia crece enormemente, Hay que disimular. García no puede aguantarse.

—¡Oh, qué diantre...! ¡Que piensen lo que quieran!
Y sólo, va con vehementes trancazos en busca de Craff. Abajo el corredor se estira solitario, como un balduque rojo. No hay nadie en él. Alguna prden impide esta mañana que los reclusos puedan hablarnos. Pepe y yo entramos a la celda de Olcese. Sentimos que regresa García. Viene con la noticia clavada en el semblante. Alegría, inquietud, esperanza y angustia. Temor...

—¿Qué pasa, Negro?

El nudo en que se cierra su garganta, suelta por fin.

—¡La Escuadra... se ha sublevado, hermanos...!

—¿Cómo?

—Que la Escuadra se ha sublevado... El “Grau”, los submarinos, y, no se sabe qué unidades más.

—¡Pst! —dice Pepe—, ¡boladas...! —Y refiriéndose al empleado, añade: —Ese hombre es un noticiario de mentiras. En su deseo de que se acabe esto, lo cree todo.

Los pasos precipitados y menudos de Craff se acercan.

—¡Anoche se ha sublevado el “Grau”!

—¿Anoche?... Pero qué raro que no haya nada en tierra. Sentimos una terrible zozobra. Se acercan horas de definición. ¿Será cierto? ¿Qué es del Caporal, con qui siempre desahogamos toda nuestra inquietud...? Él podría decirnos. ¿Será ésta la revolución que acelera su marcha o será simplemente un golpe político?... Dos de nosotros estamos aún con la pena de muerte

sobre nuestras cabezas, como una amenaza. Quieren utilizarnos como rehenes. Hace dos meses que se nos condenó y todavía aquélla ni se conmuta ni se ejecuta. En cada aurora nos pueden fusilar. Ahora, apegados nuevamente a la vida, sentimos que andamos sobre el filo de un cuchillo. Son horas culminantes. Nuestro deseo de vivir se aferra como una necesidad a una ciega certidumbre en el triunfo. Y queremos saber.

Salimos al pasadizo. El Caporal, erguido, envuelto en su mortaja gris, cruza lejos, al fondo, sacudiendo la vara de la ley. No nos mira. Algo pasa. Indudablemente que algo pasa y el Caporal quiere evitar que se sospeche que él viene a avisarnos lo que es. Delmar debe estar enterado. . .

Bernardo, Pepe y yo caminamos impacientes, incansables. Retumban las maderas voladas de esta pasarela cuadrangular. Vueltas y vueltas, recorriendo el estuche rojo y negro de ladrillos y fierro sin principio y sin fin. Rápidos cambios de palabras deteniéndonos en cualquier esquina. Nervios inquietos. Olcese piensa, tendido en un extremo, sobre una perezosa. Craff, en silencio, prepara para todos algo de almorzar. Vemos aparecer a Isaac con su gesto bobalicón e inofensivo. Entramos a esperarlo en la celda utilizada como cocina. Craff nos mira desde atrás de sus lentes con la inquietud mal disimulada de sus ojos miopes.

— ¡Tengan paciencia! ¡Esperen, que ya sabremos todo!

Sobre las cruces en que se tejen los flejes de la tarima, un cuadradito de madera soporta un primus. Bernardo saca un fósforo, bombea violentamente y prende. Todos usamos overoles y manchamos de azul y de amarillo el blanco inmundo de la celda. Entra Isaac, lentamente.

—Boinas noticias tenemos... ¿Sabes? Escuadra sublevao...

—Y tendiéndome la mano:— Agarra papelito de Delmar.
El primus bufa, Craff, mirándome furtivamente mientras leo, echa manteca en la sartén.

Delmar confirma lo que se nos ha dicho. Él, en la enfermería, está más en contacto con la vida de fuera porque el Caporal, que también duerme allí, sale a la reja del portero continuamente. Pero no sabemos nada más.

En nuestro encierro, aislados entre nosotros cinco, nos sublevamos contra este terrible “no saber”... Se ha sublevado la escuadra... Se ha sublevado el “Grau”.

¡Y nada más! Y en el secuestro entre rejas y muros, la noticia escueta se nos clava como un aguijón, punzante de impaciencia. Es inútil que queramos conocer el desarrollo del movimiento o sus proporciones. El abandono nos circunda con su silencio de calma torturante. En vano vuela nuestra imaginación. La hipótesis de una posibilidad, niega a la otra. Todo es posible, todo es contradictorio...

Nos sentamos al extremo del corredor, junto a las rejas del pampón, allí, de donde en las tardes claras podemos ver el mar. Estamos imantados a aquel sitio por la fuerza de una angustiosa incertidumbre. Sabemos que allá, en el horizonte, luchan proletarios del mar. No se oye nada en muchas horas. De pronto Olcese nos mira sobresaltado.

— Creo —nos dice—, que esos son cañonazos.

Queremos percibir. Nos parece que lejanamente estampan detonaciones retumbantes.

— Tal vez... Espera... ¡No se oye ya!

Hay un silencio profundo de la vida. No se escucha una voz. O es que el silencio está dentro de nosotros y se revierte en eco mudo a lo que nos circunda. Parece muerta la ciudad al otro

lado de estos muros. Y una emoción de vacío succionante nos hunde en la vaguedad de una abstrusa desesperación. En el silencio humano, aulla, como mancha de ruido, una sirena de ambulancia, chilla algún claxon, tabletea una moto. Y nada más. . .

— ¿Qué hará el ejército?

— Seguramente hay orden de inamovilidad en los cuarteles,

— Más podía esperarse de la policía y sin embargo. . .

— ¿Los clases no harán nada? ¿Abandonarán a los hermanos marinos. . .?

A mediodía, de pronto... ¡YA TODO SE ACABO! Suena como un desplome hasta de los cimientos de la vida. Es como un hundimiento. Caemos, caemos hasta abajo con sensación de vértigo... Fracasó. ¡Maldición!

Luego, sabemos, o no sabemos nada, porque se teje un entrevero de rumores. Sólo una cosa queda en claro, reconfortante y hermosa como un triunfo social: el movimiento ha sido netamente reivindicatorio y para entregar el poder al aprismo. Se habla de una traición, de un delator, y las bocas no pronuncian, escupen de sus labios el nombre.

Naufrago en un maremágnum de conjeturas. El laconismo de la verdad nos hiere con frialdad de daga. Olcese junto a la reja de la pampa, está abstraído de consternación. Tiro una perezosa y me siento frente a él. No sé en qué pienso. Veo la cara de Olcese agigantada, llena de surcos de dolor. Las ojeras moradas, sangre en los ojos. Descansa su cuerpazo en overol con la cabeza echada atrás, sobre otro asiento plegadizo. Para Olcese, ajeno a la política, también pidió el acusador pena de muerte. Fue absuelto, pero está aquí, hace ya dos meses, viviendo y muriendo la suerte de nosotros. Desesperado

con los muros. Porque son insensibles y son enormes en su rojez monstruosa, como bocas abiertas de gigantes. Muros, y rejas pintadas de alquitrán que van rindiéndole el espíritu, nutriéndolo de desesperación con su frialdad y sus chirridos espantosos, burlescos, de materia muerta. Y todas las tardes, soporta con nosotros, los reos, los condenados, los proscritos, soporta con nosotros el aislamiento helado de la celda, en que el alma tiritaba desesperadamente ansias de compañía. De la celda, que puede acunar fuerzas de los que somos luchadores sociales, pero no de él, muchacho ajeno a la batalla, convaleciente aún de un grave mal que le atacó el cerebro, y que siente ahora sobre su corazón el clamor de su madre moribunda. Él no es lo mismo que nosotros que somos reos de delitos en los que vemos auroras rojas de justicia; que estamos condenados por el grande pecado de una fe inquebrantable en la Revolución; que somos los proscritos. Él no es lo mismo. Nosotros estamos bien aquí. Templándonos en hierro. Haciéndonos como el cemento armado. Inmunizándonos con el cauterio de un dolor consentido y esperado, al que vamos con los ojos abiertos, expectantes. De un dolor que encallece hasta llevar a la analgesia. Es el camino. La Justicia está al fin.

Después, andar podremos por todos los senderos aunque estén erizados de bayonetas de "Orden Público". Y seremos fuertes. Y el "Orden Público" se estrellará contra los cuerpos, pétreos como voluntades. La catapulta de la revolución lanza ahora sus piedras, que aciertan y se pierden. El ariete derrumba aunque queda mellado. Avanzadas de clases que se hacen duras y que son insurgentes. Luego presidio, crisol en que se funden teorías y amasijos de cuerpos al fuego de la

fe. En los hombres que nacen como unas gelignitas, piqueta el dolor, espoleta de acción. Por eso, paredes implacables, muros enrojecidos como un rodar de sangre, empotramiento, negra maraña de barrotes, hacen ahora nuevos claustros matemos. Parirán carne o hierro de la lucha social.

Olcese me habla:

— ¿Y qué harán con los marineros?

— ¡ Los asesinarán...! ¡Y a nosotros también!

No me contesta. Cree también que si hay fusilamientos, Melgar y yo seremos los primeros en caer...

Yo ni imagino nada, ni sé en qué pienso. Lejos, sobre el adarve, un empleado destaca contra el cielo. Lleva el fusil al hombro. Hace su ronda de torreón a torreón. Bajo él, el muro plano y rojo desciende con mi vista. Me parece catarata de sangre. Como traición de la conciencia, surge en la imagen la sangre en que no quiero yo pensar. Bajo el fusil del guardia, miro la pampa. Gallineros hechos con tablas viejas, techados con ramales, se adosan contra el muro. Unos indios, con las ropas rayadas como arañón de fierros en la carne del preso, entran y salen de los chiribitiles. Avanzan al maizal, con su andar lento de peso eterno encima de los hombros. Llevan la vida a cuestas. Pulquio, la polaca sin mangas, salpica agua de un porongo. Juray echa grano a la tierra, que picotean las gallinas. Desde los pies de nuestro departamento, avanza hasta estrellarse en la muralla un camino amplio que divide el terreno. Canchas de juego a la derecha; del otro lado, unas pobres chacritas. Indígenas astrosos se calientan al sol sobre las tapias rotas. Señor Mainiche se pasea cogido de los dedos de un hombre colorado...

El tiempo pasa cayendo lentamente. Mi inquietud no es ahora

febril, es deprimida. Y Haya, ¿sabrá? No nos ha respondido y no nos atrevemos a volver a escribirle.

Al día siguiente se precisan los rumores. El movimiento ha sido sólo de marineros de la escuadra. No tuvieron apoyo de tierra. La aviación los venció. Se ha formado una Corte Marcial. Estamos graves y preocupados. Melgar se acerca.

— ¡Qué cara tienes!

— Estoy inquieto.

— No sería ésta la que te vio Sayán cuando nuestro proceso. ¿Sabes lo que me dijo?

— No. ¿Qué te dijo?

— Que si un penalista te hubiera visto a través de las rejas, tu cara torva de criminal lo habría convencido.

— Amí me habló algo distinto. Que él me creía culpable porque tú me acusabas. Que yo te dije que entre la confusión de las gentes, podrías huir, etc.... Me molestó que se intrigara así entre nosotros. Pero el Caporal, que estuvo en los interrogatorios, me contó que te habías declarado el único culpable...

Percato el brillo raudo que la satisfacción hace brotar hasta los ojos de Melgar. Se reclina junto a mí en la baranda. Me habla.

— También me dijo que tú me habías puesto en peligro recomendándole a una serie de personas amigas que no fueran a misa... Que les anunciabas el atentado... ¡Pensó que podría excitarme contra tí!

Bernardo se acerca, precipitado.

— Dicen que la Corte Marcial aplicará la pena de muerte.

Pepe y yo nos miramos.

— ¿Qué piensas, Pepe. . .?

— Que si es así, también a nosotros nos liquidan.

— Entonces, ya está el ánimo hecho... Si hoy empieza a

funcionar la Corte, concluirán dentro de un par de días y la sentencia se ejecutará sobre la marcha... Así es que a nosotros pueden sacarnos en cualquier rato.

— ¡No piensen eso! —nos dice Bernardo.

Pepe habla:

— Mira, Negro: nosotros estamos condenados a muerte. Si deciden fusilar a los marineros, por conveniencia política nos fusilan antes a nosotros. ¡Cómo van a atraerse un mayor odio popular matando al proletario y conmutando la pena al abogado y al estudiante! Además, un levantamiento es menos grave que un atentado.

— Y la responsabilidad está atenuada por la acción de conjunto. La reparte más el contagio recíproco de entusiasmo. En una acción como la de la escuadra no se puede decir que uno tenga más culpa que otro. El movimiento ha sido una expresión de descontento total y el que haya hecho de cabecilla no ha sido sino el más sensible para recibir el impulso de los otros. Si lo que quiere el gobierno es aterrorizar, condenarán en montón y sortearán para el fusilamiento de uno.

— Pero a ustedes no pueden tocarlos ya —dice Bernardo—. ¡Si se les ha aplicado una pena declarada en vigencia después del hecho, dándosele fuerza retroactiva! La pena de muerte fue aprobada sólo para poderlos fusilar.

— Pero el gobierno no puede reconocer la legalidad de eso, porque es reconocer un legicidio en el que tuvo complicidad...

XL

Nada sabemos. Nos hallamos herméticamente cercados de silencio. El Caporal casi no viene. No nos llegan periódicos. Se ha redoblado la vigilancia a fin de que los demás reclusos no nos puedan hablar. ¿Cómo estará Víctor Raúl?...

Vivimos con una larga interrogación de todo. Clandestinamente nos escribimos con Delmar, pero él tampoco tiene nada que decirnos.

Estamos gravemente calmos sobre este potro de la espera en que nuestra paciencia va estirándose. Tensos, sensibles hasta el máximo, percibimos cómo viene el peligro. Como una garra negra está sobre nosotros; y en cada noche, esperamos lo que ha de suceder.

A nuestro espíritu llega la ansiedad de ellos para hacernos vibrar. Sobre el recuerdo, fuego de angustia grabó con brasas sordas la inquietud torturante de otras horas. Hoy reviven inquietantes, nerviosas, devorando la calma porque hoy son ellas zozobra para nuestros hermanos marineros. Hermanos en la lucha, en el dolor y, tal vez, más hermanos en la victoria de la muerte. Febrilmente la imaginación sigue la pesadilla del proceso, y se exalta en la agonía del interrogatorio despiadado, en las horas mortales del banquillo y en esa angustia, como succión del alma, en que se espera para saber quiénes serán los muertos. Una agonía en que es mentira que haya resignación. Y en que dentro del cuerpo la vida que llamea se enciende con más ansias porque quiere sentir su plenitud. Horas de muerte en que la cinta viva, rodando locamente hacia el final, palpita su existir más intenso, desesperadamente; y en que

quisiera abrir las fuerzas de su angustia como dos rudos brazos que prepotentes la atascaran en todos los umbrales: que cada puerta es un paso adelante para desbarrancar al precipicio. Plétora inmensa, avasallante, en la que se atrepellan para vivir más fuerte, recuerdos y deseos, anhelos y emociones, odio, amores y lucha, pasión, carne, sonrisas, como una síntesis de ser. Vivir, vivir aún para sentir el sufrimiento. Junto a la muerte palpa el hombre al dolor como único sustento de su vida. Luchar con él, para triunfar, y volverlo a sentir para poder luchar de nuevo y vivir y revolverse contra el Destino, aun desde las puertas de la muerte, y desde aquí también poder vencer. Y sentir, otra vez, la ambición de lo no conseguido, y luchar por ello y domeñar las esquiveces con que la vida, como una bestia chucara, escarcea las ancas, escapando del dominio del hombre.

Yo siento en ellos, siento en Melgar y en mí. Y se confunden en una las angustias de todos los juzgados, de todos los odiados, de todos los buscados como carnazas de terror. De todos los que podemos ser, hoy o mañana, monigotes de espanto sobre las picas asesinas o antorchas con que la tiranía alumbra su bacanal de sangre humana. ¡Qué ansia de vida plena cuando la muerte ronda dubitativamente! Si el puñalazo nos viniera certero, el corazón palpitante con más fuerza, se expandería en una diástole enorme como una boca abierta. Y entonces que llegara la muerte cuando quisiera, porque el hombre habría de esperarla tranquilo. ¡Pero esta incertidumbre...! Gira la muerte los círculos concéntricos de una espiral de angustias, sin que sepamos si ha de llegar hasta su vórtice. Y en un anhelo de presentir nos estiramos fuera de nosotros para captar el pensamiento y el destino. Y en las noches, al pie de las tarimas, esperamos.

XLI

Ayer los fusilaron. Esta mañana lo supimos. No dejaban entrar el periódico, que por eso nos llegó más temprano, con la noticia. Ocho muchachos marineros han sido asesinados sobre el peñón de San Lorenzo. Y el periódico ha temblado en las manos y la garganta ha retorcido los sollozos y de ella al corazón hemos sentido desgarré ahogante de garrote. Es terrible pensarlo. Pero me siento duro, insensible, frío. Creo que es de horror. Estúpido, como si hubiera recibido un golpe en el cerebro.

Todos nos habíamos levantado temprano, como a las seis y media, cuando Isaac, con la voz temblorosa y espantados los ojos, llegó donde nosotros.

— ¡Los han matado! Mira... Ocho son...!

Y sacándolo de bajo la polaca nos alcanzaba un diario.

Nos fuimos a la celda de Pepe, anestesiados de terror, sacudidos de pena. Sentíamos intensamente, terriblemente. Hermanos nuestros, proletarios del mar, asesinados en vértigo de locura homicida...

El Negro, con la cara ceniza de emoción, miraba el diario entre sus manos.

— Lee tú, Olcese. . .

—... Eleuterio Medrano, Gregorio Pozo, Telmo Arrué, José Vidal, Pedro Gamarra, Fredemundo Hoyos, Arnulfo Ojeda y Rogelio Dejo...

Y estos ocho hombres son la raíz vitalizante de un mundo que se está estremeciendo. En su tragedia hay remezones



Los marineros que serían fusilados, durante el juicio.



Los marineros rebeldes escuchan al fiscal. 3ro. de la izq. es el cabecilla E. Medrano.

de vísceras sociales. Son la mancha de sangre con que se anuncia el porvenir, pugnando desde la entraña de su clase. No son tan sólo ocho vidas de héroes. Al abrirse sus cuerpos proletarios bajo el impulso de las balas plutócratas, en los chorros sangrientos se ha generado el símbolo de una lucha final. Ya es la ley contra el pueblo. Y es ya un pueblo que gravitando como clase no le teme a esa ley que no es la suya. Y es ya un pueblo insurgente en que la conciencia de la revolución desafía a la muerte y en que sus hombres van al sacrificio porque sobre sus vidas está la vida de la masa matriz. Y agrede, tinto en la lucha roja. Quiere existir. Y se nace con sangre. Y trae con él pujanza bárbara de bestial surgimiento. Como una planta cuya vida revienta contra la tierra, su madre nutridora que la ahogaba porque sentía que a su brotar, como a un impulso de estallido, se le partían las entrañas, relajándose en zanjas de catástrofe la corteza que sostenía un mundo. Y a lo que nace y a lo que crece no hay valladar que lo detenga, ni recia exclusiva que lo pueda aguantar. Clases, rojas arterias de la vida, que insurgen apertrechadas de nuevas convicciones por ser hijas de nuevas realidades. Se expansionan reventando los claustros y destrozan en su marcha hacia arriba. Plasman sus vidas sobre un nuevo creer que es su nervio vibrante, una raíz brotada en nuevo surco. Obedecen a una nueva estructura, son portadoras de una nueva constitución mental, y no es el mundo arcaico el que ellas pueden ver ni su vieja moral la que comprenden. Y contra el crimen de la justicia vieja preconizan la justicia del crimen que aniquila y que atrae y que desbroce y limpie el camino hasta llegar a la otra gran justicia; y en este totalismo de planos antagónicos se agudiza la batalla social con rojas alboradas

en que se incendian épicos gestos de la revolución. Y el viejo orden, como un crepúsculo de sangre, tiñe de escarlata las togas negras de su ley, y asesina. Y es que ahora no puede embrutecer. Desde las hambres de su vientre ha despertado el hombre a la nueva verdad. En su rodar por la rutina se ha detenido de repente y ha visto que era él el que pisaba como sostenes de su vida las plataformas del futuro. Y desde el plano descendente, tras su muralla de oro, el mundo que no quiere morir pone contra el progreso las puntas de su fuerza. Y bayonetas de gen izaros se clavan en los vientres de la vida que avanza, pero el futuro, que es infinito, hiende con los arietes de sus Revoluciones. Y siempre más allá. Y tras de él, una huella por la que viene más y más progreso.

Y no compadecemos a los muertos. Han llegado al final de su misión. Sobre sus vidas se ha escarbado para herir de terror. Con el machete de ocho fusilamientos, se ha abierto en brecha roja el cuerpo de un pueblo macerado de opresión y de hambre, y el cañón homicida, que ha tocado en la entraña, ha movido la tierra de un almacigo. Y la sangre, ha filtrado entre las grietas como un fertilizante. Y es ahora la muerte la que retuerce el grito desesperado de protesta. Y de la muerte surge la acción como un impulso. Al pueblo, campo eriazo de la felicidad, lo roturan con fuego, lo fecundan con espanto y lo riegan con sangre de su entraña exprimida de dolor. Y la desesperación ulula entonces su estridente alarido y perfora a la vida como una espada envenenada de odio que surge por la llaga en que latén sus muertos. Y el odio es fuerza alimentada de hambre y de victimaciones. Y el hambre está sembrada y a las victimaciones se las envuelve en leyes. No se las llama asesinato ni ansiedad de matar.

El crimen se disfraza de justicia y a la justicia la factura una clase a la medida de su necesidad y su egoísmo. Y desde ese Santo Oficio, se abren los brazos de la Revolución sobre la tierra y cae roja la lluvia de hombres nuevos, como un diluvio de justicia.

¡Cuánto dolor cuesta la vida! Estamos unos frente a otros en la celda de Pepe. Pensamos con pavor en los muertos. El diario trae fotografías. Miramos al cabecilla Medrano. Sus ojos dilatados se prenden a la vida, y en sus pupilas, como llamas, desespera una angustia de muerte y hay la tortura de una maldición. Quemantes, acusadores, ardorosos, escupen su anatema con sensación de eternidad. Como una síntesis de todo, se hiperestesia en ellos la tregadía y se condensan la vida, la pujanza, la dureza invencible de los ocho. Son el grito de fe con que triunfa en la muerte la alborada sangrienta de la Revolución. Y son la voz admonitiva que enciende un pueblo a través de las llamas de unos ojos para escribir con su descarga, fugitiva de muerte, el Mane, Thecel, Phares de otro festín de Baltasar.

El efecto brutal de la noticia va pasando junto con las horas. El corazón se pone lúcido y de pronto sentimos la asfixia del dolor. Nuestra fe se hace recia sobre la vida de los mártires, recia de desesperación y de congoja irremediable, y nuestras vidas conservadas nos parecen oriflamas de escarnio. Queremos la justicia, y un baldón de injusticia nos exhibe de señuelo en su pica. ¡Nosotros no hemos muerto, pero a ellos les han acribillado corazón y cerebro! Siento vergüenza; vivo las horas con dolor de vivirlas; tengo decaimiento entre estas rejas que oprimen mi ánimo estrujado. Ahora, ahora quiero poder beligerar y no quedarme aquí como seroja de la vida, como rastrojo de la Revolución. Y esta noche, en la celda, he de sentirme doblemente oprimido. Opresión circundante hasta el ahogo. Estrechado por tejidos de fierro

indoblegables que se empotran en la muralla roja, como garrotes que atraviesan y vuelven amasijo sangriento el cuerpo del presidio; y el empujar atosigante de la angustia interior con que sobra mi vida, y que me va subiendo desde el pecho a la boca como si fuera la ruta de un sollozo que no pudiera reventar. Y esta agonía se me vierte en dolor porque me han muerto a los hermanos.

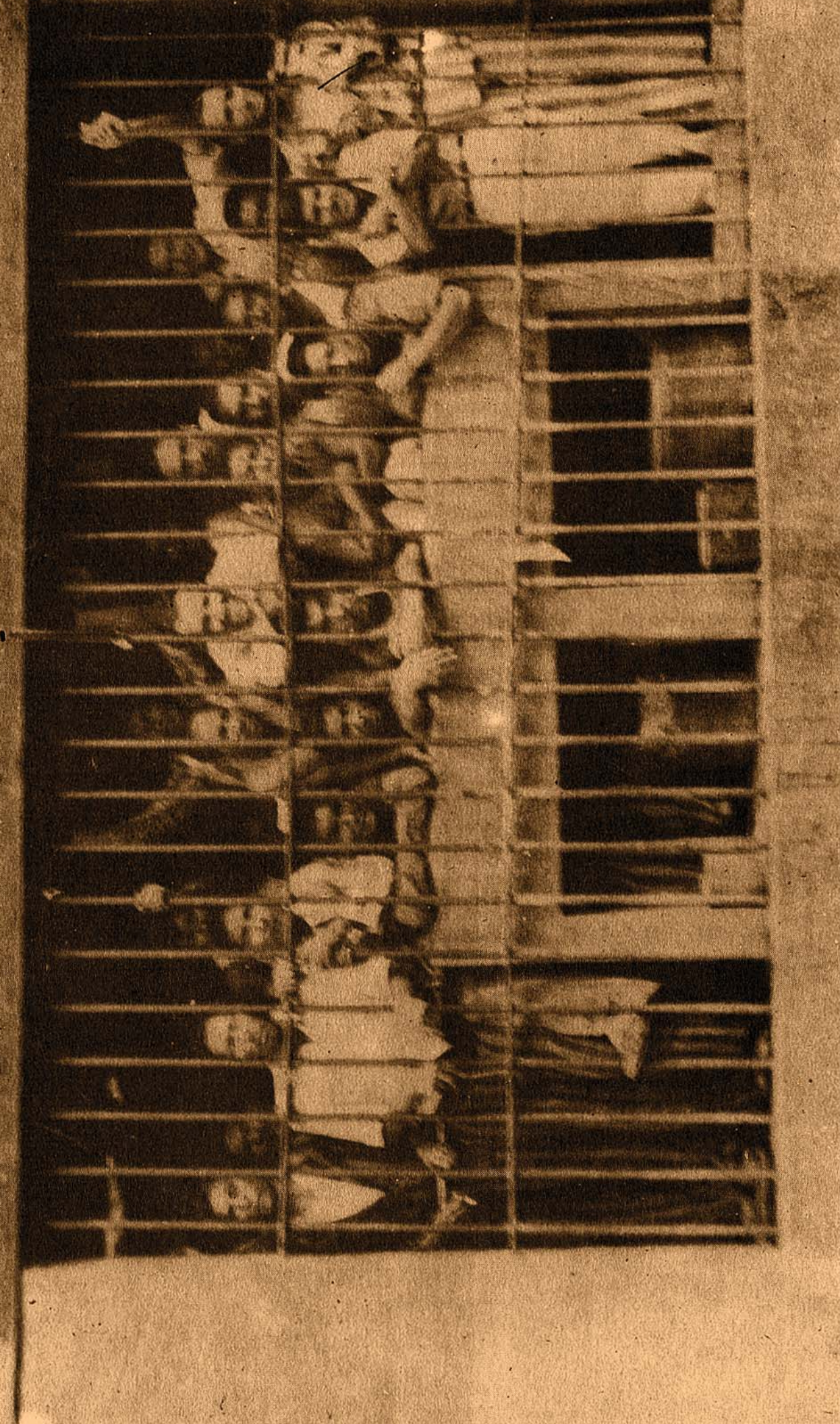
A las seis de la tarde, la prisión se hace más prisión. Nos desprendemos de la reja por la cual hemos mirado durante todo el día hacia el Callao. La noche, acero de un machete, hiende en el horizonte violenta línea roja como tajo en un cuello, y en borbotones de celajes, llama, escarlata y negro, bulle la sangre del día degollado.

Sobre los nervios de la vida, como sobre un tambor, tañe, de pronto, la voz de una campana. Llamado lúgubre al encierro final que en esta tarde nos recorre con un escalofrío. Se contrae el secuestro como pupila golpeada por la luz. Barre la voz nasal de una corneta a los parias rayados. Y el hombre se concentra. Deja pampas, deja talleres, cruza los corredores, traspasa rejas y queda constreñido, empujado a su postrer reducto. ¡Y la prisión le canta como una maldecida, mientras le va sorbiendo el último filón de libertad! Y hay atroz plenitud de ruidos rechinantes; locos gritos del fierro que tuerce macabros alaridos en la exasperación de su tortura...; chirría el moho en los goznes la voz ahorcada de la muerte; relinchan como bestias heridas las palancas; las charnelas se frotan lujuriosas maullando torceduras horribles; giran chasqueantes risas en las chapas; estriden los silbatos espirales de aullidos; sollozan trémolos las rejas como el dolor del condenado; las cadenas desgranán sus tumultos

y caen golpeando los costillares negros. Y la voz del metal es una uña que va arañando sobre los nervios que se crispan... El maderamen de los puentes retumba. Corren los guardias. Y en la elocuencia con que abrumba el estruendo infernal despuntan como agudos los gritos de algún desesperado. Dolor de sangre atraviesa los cráneos.

Quedamos en secuestro. No haya aquí dónde andar. Los compañeros fusilados hacen del corazón un doloroso surtidor permanente. Tengo, esta tarde; horrible angustia de emparedamiento. Todo me cerca. Las rejas me presionan el pecho, la bóveda me aplasta el cráneo, las paredes me aprietan por los hombros... Me ahogo... Los muertos danzan, danzan sobre mi corazón. 26 marineros harán en el presidio su escolta de dolor.

Es una pesadilla. La voz del guardia me despierta. Tintinean las placas sobre los fierros que forman las rejas.



LA JAULA: 36 hombres permanecieron encerrados en ella durante años. El "lavatorio" y bajo él los "tachos" de alimentos. Se trata en su mayoría de sobrevivientes de las revoluciones de Trujillo, Iquitos y Lima. Al centro con el rostro entre barrotes José Melgar Márquez.

"HOMBRES Y REJAS" nació entre las vigi-
lias gallardas y las horas insomnes de un conde-
nado a muerte, cuya capilla demoró setentaicinco
días. El fallo que sentenció a la pena capital por
fusilamiento a Juan Seoane Corrales y a José Mel-
gar Márquez fue dictado el 14 de marzo de 1932;
y la Resolución que la conmutó, "por internamien-
to determinado en el artículo 11 del Código Pe-
nal", fue expedido el 25 de mayo. En esos 72 días,
despidiéndose de la vida cada noche, dispuesto a
morir cada amanecer, Seoane comenzó a escribir
este libro".

0 0 0 0

"Pasan las horas y, en nuestra espera, la duda ahonda
hasta la angustia. Aparece de pronto el Ministro Flores. Me
encara.

"—Tengo todos los hilos de la conspiración y Haya de
la Torre caerá de un momento a otro en mi poder.

"Yo, que he esquivado el diálogo me recojo en mí mis-
mo, en la necesidad de protestar.

"—Conspiración no hay. Yo estoy aquí para asumir toda
mi responsabilidad de haber prestado un arma y para probar
que tras de mí no hay nadie. ¡Así no va a quedar nada en
sombra!

"Pausadamente Flores responde:

"—¡He venido a anunciarles que van ustedes a morir!

"Yo pensaba que eso era lo probable, pero me extraña
que sea el Ministro de Gobierno quien me lo anuncie, y
sobre todo antes de que el formalismo de un juez se haya
acercado a interrogarme.

"Flores se va. Le pregunto a través de la reja:

"—Para morir, ¿qué trámite me falta?

"—El confesor.